

José Arpa Perea

VISTA DE SEVILLA DESDE TRIANA

Ca. 1940

Óleo sobre lienzo. 58 x 62 cm

Firmado en el ángulo inferior derecho: José Arpa/ Sevilla

Ubicación actual: Casa Consistorial,

despacho del Delegado de Fiestas Mayores

Nº de Inventario: 32878

Tras un periplo por tierras de México y Estados Unidos, con residencia en San Antonio (Texas), el pintor carmonense José Arpa Perea (1858-1952) regresa definitivamente a Sevilla en el año 1935. Sin duda su fortuna y reconocimiento se trastocaron en un momento marcado por el crack económico de 1929 y sus secuelas. Una vez reinstalado en la capital andaluza pone en práctica un paisajismo de acentos luministas de marcada modernidad, resultado sin duda de sus viajes internacionales y de sus conexiones tanto con la pintura americana como europea, habiendo tenido una presencia continuada en los certámenes nacionales, donde tiene ocasión de conectar con los maestros del impresionismo español, en concreto artistas como Beruete, Regoyos, Sorolla, etc.

En Sevilla tiene la oportunidad también de concurrir a las exposiciones que anualmente organizaba la sección de Bellas Artes del Ateneo, en concreto las de Primavera y de Otoño, en donde coincidirá con otros artistas de su momento interesados por el lenguaje de la luz y la impresión, igualmente centrados en paisajes y retratos. Artistas sevillanos como Gonzalo Bilbao, Winthuysen, Alfonso Grosso, Santiago Martínez y Rodríguez Jaldón, entre otros. Una presencia que se vio confirmada con una amplia muestra de sus trabajos durante una visita esporádica del artista a Sevilla en 1929 con motivo de la Exposición Iberoamericana, celebrada en el Círculo Mercantil de Sevilla, donde comprobamos en su catálogo la presencia importante del paisaje en su obra, así como algunos ejemplares ejecutados en distintos momentos en las riberas del río Guadaira en Alcalá de Guadaira. Desde esas fechas de la década de los años treinta hasta su muerte Arpa ejercerá una continuidad renovada de la práctica del paisaje dentro de aquella escuela paisajística.

En esta línea de paisajes Arpa se dedica a plasmar toda una serie de rincones de la ciudad, vistas de plazas y calles, así como el mismo río y alrededores de la ciudad, que ya frecuentara en los años finales del siglo pasado y que también haría extensivo a su natal Carmona. A lo cual se añade una serie ejecutada en los jardines del Alcázar, inmersa en la misma tradición lumínica y las sugerencias vegetales de un

Sorolla desde fechas de comienzos del siglo, aunque el lenguaje pictórico del Arpa de este momento es ya un lenguaje muy personal, acrisolado en sus estancias americanas y desarrollado en una constante atención a los motivos ejecutados directamente al aire libre: un lenguaje ciertamente de empastes y vibraciones lumínicas muy construidas de color, de contrastes entre gamas frías y calientes en tonalidades nacaradas y tornasoladas muy características en la pintura del artista, como pone de manifiesto esta vista del río con la Torre del Oro centrando la composición, tomada desde un punto alto del Altozano en Triana. La visión un tanto de tarde otoñal que tiene, desde el punto de vista cromático, un punto de irreal luminosidad: en tonos cobaltos y amarillos donde predominan zonas insistidas y empastadas de gran riqueza de color con otras zonas más lavadas pictóricamente hablando, donde la pintura se muestra por capas simples sin insistencia de la materia. Sin duda un método muy personal de transcribir la luz local que tanto buscó el pintor. En esa actividad incansable continuará con intensidad Arpa hasta los días previos a su fallecimiento, ocurrido en 1952, a los 94 años de edad.

JUAN FERNÁNDEZ LACOMBA